



**CRECIENDO COMO
UNA FAMILIA**

**Pr. Joaquín Yebra.
Madrid y Vendimiarío, 2016.**



COMUNIDAD CRISTIANA EBEN-EZER DE LA VILLA DE VALLECAS

LA IGLESIA COMO FAMILIA

1ª Timoteo 3:14-15: *“Esto te escribo, aunque tengo la esperanza de ir pronto a verte, para que si tardo, sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad.”*

Contenido

INTRODUCCIÓN.....	1
EL NUEVO TESTAMENTO EMPLEA VARIAS IMÁGENES PARA DESCRIBIR LA IGLESIA, CADA UNA DE LAS CUALES MUESTRA ALGUNOS ASPECTOS QUE NECESITAMOS CONOCER.....	3
DESDE LA REFLEXIÓN TEOLÓGICA AFIRMAMOS QUE LA IGLESIA DE JESUCRISTO PUEDE CONSIDERARSE DESDE DOS PERSPECTIVAS: LA IGLESIA UNIVERSAL Y LA IGLESIA MILITANTE.	5
LA IGLESIA, FAMILIA ESPIRITUAL Y ORGÁNICA <i>versus</i> ORGANIZACIÓN.....	9
EL SENTIDO FAMILIAR DEL CULTO CRISTIANO COMUNITARIO.....	14
LA IGLESIA COMO FAMILIA: UNA MESA GRANDE.....	17
LA IGLESIA, UNA FAMILIA QUE DIALOGA.	20
LA TENTACIÓN DEL PODER.....	23
LA IDEA DE “COMUNIDAD” ES LA DE UNA FAMILIA EXTENDIDA, AMPLIADA Y CRECIENTE.	26

INTRODUCCIÓN

Primero de todo, quiero asegurarnos de que no pretendo “*descubrir América*”, ni la “*pólvora*”, ni la “*penicilina*”, ni traigo en mi bolsillo una nueva versión de “*super-consola*”. Sólo quiero daros las gracias por vuestra invitación, compartir con vosotros algunas inquietudes de mi alma –después de 43 años de ministerio pastoral y docente- y presentaros algunas alternativas en forma de *principios*, que no de *fórmulas*.

De modo que para comenzar nuestro tema general --“*Creciendo como familia*”-- os recordaré que, como todos sabéis, jamás hallamos en el Nuevo Testamento ni una sola referencia a la Iglesia como edificio ni como lugar de reunión de los cristianos.

El Señor no da tanta importancia como nosotros al lugar de reunión de su pueblo. Tuvo que pasar mucho tiempo antes de que los cristianos se congregaran en edificios específicamente diseñados para la reunión de la asamblea y la celebración de sus cultos.

La mejor prueba de que al Señor no le importan tanto los lugares, la tenemos en el hecho de que la voz “*templo*” para referirse al de Jerusalem, que tantas veces hallamos en nuestras Biblias, sólo es el término que el traductor lógicamente emplea para transmitirnos la idea de un edificio dedicado al culto, conforme a nuestra lengua y cultura, pero en el hebreo original del Antiguo Testamento las expresiones que nuestro Dios utiliza son “*Casa de Oración*”, “*Casa de Oración para todos los pueblos*” y “*Casa de Santidad*”. De ahí que la Escritura insista en enseñarnos que *Dios no habita en templos hechos de manos humanas*.

Es francamente curiosa la escena en la que Salomón, en el justo y preciso momento en que oficia la consagración del “*templo*” que ha mandado construir para que “*el Señor habite en él para siempre*”, el Espíritu Santo habla a su corazón y le hace decir las palabras registradas en 1º Reyes 8:13, 27:

“Yo he edificado casa por morada para ti, sitio en que tú habites para siempre... Pero ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado?”

Hechos 7:46-50: *“Este (David) halló gracia delante de Dios, y pidió proveer tabernáculo para el Dios de Jacob. Mas Salomón le edificó casa; si bien el Altísimo no habita en templos hechos de mano, como dice el profeta: El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis? dice el Señor: ¿O cuál es el lugar de mi reposo? ¿No hizo mi mano todas estas cosas?”*

Creciendo como una familia

Hechos 17:24: “*El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombre, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas.*”

La pedagogía del Señor respecto a su habitación va dirigida a que descubramos que es en los corazones de sus hijos e hijas donde Él anhela morar por su Santo Espíritu:

Efesios 3:14-17: “*Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones.*”

La Iglesia de Jesucristo es sencillamente el pueblo formado por todos los hombres y mujeres redimidos por la sangre que el Señor derramó en la Cruz del Calvario para darnos perdón de pecados y vida eterna.

Se trata de un pueblo llamado a vivir amorosamente, a mostrarnos lealtad los unos a los otros, a resolver nuestros problemas con prudencia, conscientes de que el amor es el único material con que podemos construir las comunidades de fe.

De este amor constructivo habla el apóstol Pablo cuando nos dice en Romanos 12:10: “*Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros.*” Es decir, “*estimando en más cada uno a los demás*”.

A los Corintios, cuyas comunidades estaban amenazadas por el uso indisciplinado de los dones del Espíritu Santo, les exhorta: “*Todas vuestras cosas sean hechos con amor.*” (1^a Corintios 16:14).

Y en Colosenses 3:14, Pablo explica magistralmente el propósito del amor: “*Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto.*”

Sólo el amor es capaz de aproximar a los elementos centrífugos de la comunidad cristiana, y de llevarlos a la relación familiar, donde se manifiesta algo de la perfección divina, y donde el amor, sin dejar de ser un sentimiento, adquiere formas de comportamiento concreto en su expresión.

EL NUEVO TESTAMENTO EMPLEA VARIAS IMÁGENES PARA DESCRIBIR LA IGLESIA, CADA UNA DE LAS CUALES MUESTRA ALGUNOS ASPECTOS QUE NECESITAMOS CONOCER.

Por ejemplo, en 1ª Corintios 3:9 la iglesia es comparada a un campo de labranza y a un edificio:

“Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios.”

En 1ª Pedro 2:5 la Iglesia es comparada a una casa espiritual:

“Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo.”

En Hechos 20:28 y Hebreos 13:20-21 la Iglesia es comparada a un rebaño de ovejas:

“Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre.” (Hechos 20:28).

“Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.” (Hebreos 13:20-21).

Estos son solamente unos ejemplos. Las imágenes neotestamentarias de la Iglesia son numerosísimas, y todas ellas forman un mosaico del que podemos aprender mucho.

Sin embargo, hay una imagen sobre la que os invito a prestar particular atención. Primeramente, para que nos percatemos de que no se trata sólo de una imagen, sino una descripción de la Iglesia que nos es dada para que la tomemos literalmente. Y en segundo lugar, para que penetremos en ella y descubramos las implicaciones que representa:

Juan 1:12-13: *“Mas a todos los que le recibieron (a Jesús), a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hecho hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.”*

Creciendo como una familia

La descripción que aquí se hace de la Iglesia es de ser *familia de Dios*. Por eso es que todo el Nuevo Testamento se refiere a los cristianos como hermanos y hermanas. Dios es nuestro Padre en los cielos, y Jesucristo es nuestro Hermano Mayor.

No se nos dice que somos hermanos y hermanas por ser discípulos de nuestro Señor Jesucristo, como meros correligionarios, ni que de ese modo formamos parte de su Iglesia, sino que la constituimos por haber nacido de nuevo, de lo alto, de simiente incorruptible, del Espíritu Santo:

1ª Corintios 12:13: “*Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu.*”

Somos familia de Dios, y eso es literal. Quienes tienen un Padre común y un común Hermano Mayor constituyen una familia.

En la raíz del Universo, esta relación paterno-filial rellena todos los vacíos, hace brotar un reguero de alegría, y no existe un solo hombre o mujer que no anhele ardientemente esta vivencia, aunque no lo sepa expresar mediante palabras.

Ahora bien, creo que seríamos al menos honestos si confesáramos que tampoco nosotros sabemos comunicar esta realidad de la sed universal de amor, quizá porque olvidamos que nuestro bendito Señor nos mostró la única manera de hacer esto, haciéndose amigo nuestro.

Esta es la verdad definitiva acerca de la Iglesia, independientemente de cuál sea su forma de existencia.

Pero cuando pensamos en una iglesia sólo regulada externamente por leyes mecánico-administrativas –aunque en teoría digamos lo contrario– se empequeñece el Evangelio como poder de Dios para salvación.

DESDE LA REFLEXIÓN TEOLÓGICA AFIRMAMOS QUE LA IGLESIA DE JESUCRISTO PUEDE CONSIDERARSE DESDE DOS PERSPECTIVAS: LA IGLESIA UNIVERSAL Y LA IGLESIA MILITANTE.

La Iglesia Universal está formada por hombres y mujeres que nos han precedido, y que ya no están entre nosotros, sino que descansan con el Señor.

Está formada también por todos los redimidos que vivimos en este mundo en estos momentos. Y también está constituida por hombres y mujeres que no han nacido todavía, pero entregarán sus corazones al Señor en el futuro y le seguirán como nosotros.

Es decir, la Iglesia Universal está formada por todos los redimidos de todos los tiempos.

Creciendo como una familia

La Iglesia Militante es la formada por todos los cristianos vivos en estos momentos sobre la tierra. Y, naturalmente, podemos referirnos también a la Iglesia en cada una de las naciones, áreas geográficas, ciudades y pueblos, hasta las iglesias o congregaciones locales en cada lugar del mundo.

Pero cualesquiera que sea el plano o perspectiva desde el que estudiemos la realidad de la Iglesia, la verdad definitiva acerca de la Iglesia de Jesucristo es que es familia, la familia de Dios en la que Él reside por la bendita Persona del Espíritu Santo.

Esto significa que cuando Jesús dijo *“edificaré mi iglesia”* (Mateo 16:18), nuestro Señor estaba diciéndonos algo que suele pasar inadvertido. El verbo griego que nos llega en el Evangelio es *“oikodomeo”*, que literalmente significa *“construir una casa”, “edificar un hogar”*.

Así se desprende de toda la enseñanza del Nuevo Testamento que las iglesias son familias formadas por los hijos e hijas de Dios.

Sin embargo, podemos fácilmente caer en el error de pensar en la *“casa”* como la familia nuclear de nuestra actual sociedad occidental, compuesta por papá, mamá y los niños – pocos- y olvidar que *“oikos”* es una voz griega que lleva en sí la carga semántica de *“comunidad”, “morada de familia extensa, amplia y creciente”, “reunión o suma de varias familias”, “ámbito de actividades compartidas”,* donde diversas familias compartían espacios comunes para el trabajo, la colada, la cocción del pan y otras tareas cotidianas, reservándose el espacio de intimidad para dormir; como aquellas *“casas de vecindad”* anteriores a nuestra *“guerra incivil”*, y como se vivía en los pueblos hace poco más de medio siglo.

“Oikos” tiene su expresión óptima en aquello que acerca, que vincula, que une, y, por lo tanto, que rompe barreras de individualismo desintegrador.

Podemos hallar algunas referencias a esta *“oikonomía”* en el Nuevo Testamento. Por ejemplo en Hechos 2:42-44:

“Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones. Y sobrevino temor a toda persona; y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles. Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas.”

No debería sorprender a nadie lo que he dicho hasta ahora. Todos los estudiosos del Nuevo Testamento concuerdan al respecto. Pero si damos un paso más al frente, me atreveré a afirmar que las iglesias establecidas por los apóstoles no lo fueron solamente con el propósito teórico de ser familia de Dios, sino que aceptaron y asumieron el reto de serlo y funcionar como tales en la práctica.

El estudio más elemental de la práctica de las comunidades cristianas del Nuevo Testamento nos muestra que eran congregaciones que se reunían principalmente en el Séptimo Día de la semana, el Día del Señor -hasta que su día de culto por cambiado por decreto del emperador Constantino por el primer día de la semana- para tener comunión unos con otros, estimularse al amor y a las buenas obras, adorar al Señor

Creciendo como una familia

comunitariamente alabándole con himnos y cánticos espirituales, recibir enseñanza y conmemorar al Señor en torno a una comida fraternal.

Esas reuniones tenían lugar al principio en las casas, como se desprende de abundantes textos, donde evidentemente el sentido doméstico les resultó más fácil de mantener.

Sólo el crecimiento de las congregaciones les haría buscar casas de mayores dimensiones para la congregación de los hermanos.

“Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón.” (Hechos 2:46).

“Saludad a Priscila y Aquila, mis colaboradores en Cristo Jesús, que expusieron su vida por mí; a los cuales no sólo yo doy gracias, sino también todas las iglesias de los gentiles. Saludad también a la iglesia de su casa.” (Romanos 16:3-5).

“Las iglesias de Asia os saludan. Aquila y Priscila, con la iglesia que está en su casa, os saludan mucho en el Señor.” (1ª Corintios 16:19).

“Saludad a los hermanos que están en Laodicea, y a Ninfas y a la iglesia que está en su casa.” (Colosenses 4:15).

“Pablo, prisionero de Jesucristo, y el hermano Timoteo, al amado Filemón, colaborador nuestro, y a la amada hermana Apia, y a Arquito nuestro compañero de milicia, y a la iglesia que está en su casa: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.” (Filemón vv. 1-2).

Los principales elementos constitutivos de la práctica de las primeras comunidades se desprenden, entre otros, de los siguientes textos:

El sentido de congregarse como familia tenía el primordial propósito de exhortarse mutuamente a la vida de amor y de entrega:

Hebreos 10:24-25: *“Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca.”*

El sentido del culto no era una función litúrgica, ni de nuestra “liturgia de la no-liturgia”, sino una participación libre y espontánea, bajo la dirección del Espíritu Santo:

1ª Corintios 14:26: *“Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación.”*

El sentido de la mesa de acción de gracias (griego “eucaristía”) era una comida doméstica y fraternal para hacer memoria, para conmemorar el sacrificio de Jesucristo y la esperanza en certidumbre de su Segundo Adviento:

1ª Corintios 10:16-17: *“La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Siendo*

Creciendo como una familia

uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan.”

1ª Corintios 11:33: *“Así que, hermanos míos, cuando os reunís a comer, esperaos unos a otros.”*

El sentido de las ofrendas apartadas desde el primer día de la semana –para ser entregadas en el día de la congregación, se desprende claramente de los siguientes textos, entre otros:

1ª Corintios 16:2: *“Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado.”*

2ª Corintios 8:1-5, 11-15: *“Asimismo, hermanos, os hacemos saber la gracia de Dios que se ha dado a las iglesias de Macedonia; que en grande prueba de tribulación, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad. Pues doy testimonio de que con agrado han dado conforme a sus fuerzas, y aun más allá de sus fuerzas, pidiéndonos con muchos ruegos que les concediésemos el privilegio de participar en este servicio para los santos. Y no como lo esperábamos, sino que a sí mismos se dieron primeramente al Señor, y luego a nosotros por la voluntad de Dios...”*

Ahora, pues, llevad también vosotros (las iglesias de los Corintios) a cabo el hacerlo, para que como estuvisteis prontos a querer, así también lo estéis en cumplir conforme a lo que tenéis. Porque si primero hay la voluntad dispuesta, será aceptada según lo que uno tiene, no según lo que no tiene, porque no digo esto para que haya para otros holgura, y para vosotros estrechez, sino para que en este tiempo, con igualdad, la abundancia vuestra supla la escasez de ellos, para que también la abundancia de ellos supla la necesidad vuestra, para que haya igualdad, como está escrito: El que recogió mucho, no tuvo más, y el que poco, no tuvo menos.”

2ª Corintios 9:6-11: *“Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará. Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre. Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra; como está escrito: Repartió, dio a los pobres; su justicia permanece para siempre. Y el que da semilla al que siembra, y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia, para que estéis enriquecidos en todo para toda liberalidad, la cual produce por medio de nosotros acción de gracias a Dios.”*

LA IGLESIA, FAMILIA ESPIRITUAL Y ORGÁNICA *versus* ORGANIZACIÓN.

Todo el Nuevo Testamento está saturado de aroma a familia. No se puede ver en él rastro alguno de que la organización o corporación ocupe lugar de primacía.

Es más, en la misma medida en que el sentido organizativo y corporativo mecanicista fue desarrollándose en la Iglesia de Jesucristo, el sentido familiar con que fueron establecidas las primeras comunidades cristianas fue degradándose y desapareciendo, hasta convertirse en un sistema religioso constituido formalmente siguiendo el patrón estructural del imperio romano.

No estamos en contra de la necesidad del orden y la administración, por cuanto es parte necesaria e importante en toda familia, sino que precisamente queremos destacar el sentido doméstico de esa administración en la Iglesia naciente; siempre, claro está, que la tengamos por referente, frente a estructuras semejantes a las de las instituciones del mundo.

Como ejemplo, intentemos imaginar una reunión familiar estructurada sobre las líneas maestras de un culto cristiano tradicional.

Tratemos de formar la imagen en nuestra mente... *Todos sentados contemplando el cogote de quien tenemos enfrente...*

Absoluta falta de contacto visual con el resto de los presentes...

Discurso de parte de un miembro “senior” de la familia...

Un pellizco de pan y un sorbito de mosto, o de algo de aspecto parecido...

Una colecta de dinero...

Y vayámonos corriendo a casa con nuestra conciencia más o menos edulcorada.

Seguramente la imagen nos resultará grotesca, cuando no esperpéntica. Sin embargo, eso es lo que nosotros hemos hecho, o heredado, respecto a lo cual podríamos añadir que “*cualquier parecido con la realidad –en este caso con la iglesias naciente- es mera coincidencia.*”

Creando como una familia

Sabemos que si cambiamos la forma de la familia biológica humana, apartándonos del diseño de Dios; es decir, un hombre y una mujer unidos de por vida en una relación de amor y servicio mutuo, entonces el resultado de nuestros cambios se alejará completamente del proyecto diseñado por Dios.

Así nos encontramos cada día con más familias con padres que no se sirven mutuamente, ni a sus hijos; padres dolorosamente divorciados, “*familias*” con dos papás o dos mamás, y todo tipo de disfunciones en las que quienes más sufren, como siempre, son los más débiles, es decir, los niños.

A todo esto hemos de añadir la creciente inseguridad en las relaciones amorosas, el aumento en la indisciplina, la desorientación y las divisiones.

Del mismo modo, y en la misma medida, vemos la descomposición de las iglesias que no se fundamentan en las enseñanzas y prácticas de Jesucristo y sus apóstoles.

Paralelamente, son también los espiritualmente más débiles quienes más sufren este distanciamiento del patrón original que hemos heredado de nuestro Señor Jesucristo y de la enseñanza de los Apóstoles y Profetas.

Por muy ortodoxo que sea su credo o confesión de fe, esas iglesias serán disfuncionales, no actuarán como familias, sino que lo organizativo-corporativo irá borrando las características familiares y domésticas de la comunidad cristiana que Jesús quiso y sus apóstoles llevaron a cabo hasta producirse el doloroso maridaje de la Iglesia y el estado secular.

La forma sigue a la función, y el diseño debe correlacionarse directamente con el propósito práctico de todo cuanto los humanos hacemos.

Las aves fueron diseñadas para volar, y por eso tienen alas, mientras que los peces, diseñados para existir bajo la superficie del agua, están dotados de branquias y aletas.

Del mismo modo, cuando Jesús promete edificar su Iglesia y les encomienda su realización a los apóstoles, su diseño y función se correlacionan igualmente.

Muchos se han preguntado y se preguntan por qué Jesús no dejó instrucciones claras y pertinentes acerca de la organización de la Iglesia, y de las iglesias.

El silencio al respecto significa sencillamente que si Jesús hubiera querido una Iglesia corporativa, una institución religiosa, un reino de este mundo, habría entregado a los apóstoles un manual de instrucciones, reglas y directrices, al estilo de las organizaciones multinacionales del mundo.

Pero la imagen de una Iglesia siguiendo los patrones de los partidos políticos y los sindicatos —a los que tanto se asemejan las denominaciones actuales— nunca pasó por el corazón y la mente de nuestro bendito Señor y Salvador.

Sin embargo, lo que Jesús hizo fue prometer no dejarnos huérfanos, expresión que también hace clara referencia al sentido de familia que el Señor quiere para su Iglesia:

Creciendo como una familia

Juan 14:15-18: “*Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: El Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros.*”

Hechos 1:4-5: “*Y estando juntos, (Jesús) les mandó que no se fueran de Jerusalem, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días.*”

El sentido de familia para la Iglesia se desprende claramente de la necesidad del nuevo nacimiento para llegar a ser cristiano. Por lo tanto, las comunidades cristianas han de ser familias en las que se desarrollen sus miembros desde el nacimiento hasta llegar a la edad adulta.

De ahí se desprende que la Iglesia del Resucitado debe expresarse en las comunidades cristianas o iglesias locales como ámbitos donde experimentar seguridad, amor, formación del carácter y la necesaria disciplina de todo hogar. En definitiva, ámbitos de seguridad y realidad, como familia de Dios, fundamentada en su amor.

Frecuentemente nos pasa inadvertido el hecho, creemos no casual, de que el principio de señales en el ministerio público de nuestro Señor Jesucristo aconteció dentro del marco familiar de la celebración de una boda (Juan 2:1-11), momento en que una modesta pareja galilea iniciaba su vida matrimonial y ponía en marcha una familia.

La presencia de Jesús en aquella ocasión nos parece una manera simbólica de presentar a la familia como el primer paso en la evangelización, y al hogar cristiano como ejemplo de lo que podríamos calificar como “*proto-iglesia*”.

De hecho, las casas visitadas por Jesús y sus primeros apóstoles serían los hogares desde los que el fuego del Evangelio se extendería lenta pero irresistiblemente hasta el día de hoy.

El estudio del Nuevo Testamento nos muestra inequívocamente que las comunidades cristianas o iglesias locales fueron entendidas como extensión de la familia de Dios.

La idea de las iglesias como instituciones u organizaciones les hubiera resultado completamente desconocida a los primeros cristianos. Y todo sentido de “*organización*” se habría comprendido solamente dentro del ámbito del *orden familiar*.

Del mismo modo, jamás encontraremos en el Nuevo Testamento nada que se asemeje a un cuerpo jerárquico por encima de la congregación local, con pretensiones de institución universal.

Los pastores, denominados también ancianos u obispos, como términos sinónimos que destacan sus diversas funciones, fueron establecidos como cuidadores y guardianes del rebaño, frente a los ataques de *los falsos profetas, vestidos de ovejas, pero, por dentro lobos rapaces*. (Mateo 7:15).

Creciendo como una familia

Sus funciones consistieron primordialmente en guiar a los hermanos, procurando la paz y el consenso fraternal, siempre que fuera posible, y sus labores fueron siempre entendidas como *funcionales*, frente al sentido *posicional* que irían adquiriendo en la medida en que la Iglesia perdía su sentido y dimensiones familiares para convertirse en una organización religiosa supranacional y clericalizada, en imitación de las instituciones estatales.

En esa misma medida, como puede constatarse al estudiar la Historia de la Iglesia, partiendo de la Patrística, en la misma medida en que el episcopado se jerarquizaba e institucionalizaba, decrecían las manifestaciones del Espíritu Santo para provecho (1ª Corintios 12:7 ss.). El orden del hombre pasaba a invadir el sagrado ámbito del Espíritu Santo.

El Nuevo Testamento nos ofrece un patrón de funcionamiento basado en una estructura que sigue a la revelación de la propia Deidad:

Dios es nuestro Padre, Jesucristo es nuestro Hermano Mayor, y el Espíritu Santo es nuestro Consolador.

Por consiguiente, todos cuantos constituimos la Iglesia de Jesucristo somos hermanos y hermanas.

Así podemos ver con más luz el sentido y el alcance de las palabras de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, así como del testimonio apostólico:

Mateo 23:8-12: *“Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, El Cristo (Mesías). El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.”*

Gálatas 6:9-10: *“No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos. Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe.”*

Efesios 2:19-22; 3:15-17: *“Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu...”*

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones.”

EL SENTIDO FAMILIAR DEL CULTO CRISTIANO COMUNITARIO

2ª Corintios 3:17: *“Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad.*

Los capítulos 11 al 14 de la Primera Carta de Pablo a los Corintios contienen algunas pautas de comportamiento de los cristianos cuando nos congregamos como iglesia local en el nombre de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

En vista del abuso y desorden de los cristianos de Corinto, en cuanto a la manifestación de los dones verbales del Espíritu Santo, tales como las lenguas y la profecía, el apóstol Pablo tiene que darles unas normas sencillas para hallar equilibrio entre la libertad propia de los hijos e hijas de Dios y el orden y la decencia.

En este contexto, el apóstol Pablo también trata de hacerles comprender que son un cuerpo, y que éste nunca puede estar compuesto por un solo miembro, así como que todos los miembros son importantes, comenzando por los tenidos por menos dignos, por cuanto Dios dignifica a quienes son estimados menos dignos a los ojos del mundo.

La Iglesia no puede experimentar crecimiento espiritual sin la libertad del Espíritu.

1ª Corintios 12:7: *“Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho.”*

La clave de este breve texto con que Pablo introduce su relación de los dones del Espíritu Santo, y más delante de ministerios y operaciones, como manifestaciones del Santo Consolador para beneficio de todo el cuerpo, es que cuando nos reunimos como iglesia local debemos esperar poder aportar la manifestación del Espíritu Santo en nuestra vida para provecho a todos los hermanos.

La inmensa y radical diferencia entre la religiosidad gentil (*pagana*) de la procedencia del principal contingente de los cristianos de Corinto, y la presencia de Jesucristo por medio de la bendita Persona del Espíritu Santo –Espíritu del Padre y del Hijo- en el culto

Creciendo como una familia

cristiano, radica en que en el paganismo se congregaban ante ídolos mudos, mientras que ahora lo hacían en el nombre del Dios vivo.

Así lo expresa Pablo en 1ª Corintios 12:1-3: *“No quiero, hermanos, que ignoréis acerca de los dones espirituales. Sabéis que cuando erais gentiles, se os extraviaba llevándoos, como se os llevaba, a los ídolos mudos. Por tanto, os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios llama anatema a Jesús; y nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo.”*

Los ídolos son mudos por definición. Pero la familia del Señor, reunida en el nombre de Jesucristo y presidida por su Santo Espíritu, no puede asemejarse en absoluto al despropósito pagano, fruto de su idolatría e ignorancia.

1ª Corintios 14:23-25: *“Si, pues, toda la iglesia se reúne en un solo lugar, y todos hablan en lenguas, y entran indoctos o incrédulos, ¿no dirán que estáis locos? Pero si todos profetizan, y entra algún incrédulo o indocto, por todos es convencido, por todos es juzgado; lo oculto de su corazón se hace manifiesto; y así, postrándose sobre el rostro, adorará a Dios, declarando que verdaderamente Dios está entre vosotros.”*

El apóstol Pablo manifiesta claramente que mientras que el hablar en lengua desconocida públicamente no es edificante para nadie, excepto para quien habla, expresarse proféticamente es edificante y beneficioso para los hermanos:

“Seguid el amor; y procurad los dones espirituales, pero sobre todo que profeticéis. Porque el que habla en lenguas no habla a los hombres, sino a Dios; pues nadie le entiende, aunque por el Espíritu (Santo) habla misterios. Pero el que profetiza, habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación. El que habla en lengua extraña, a sí mismo se edifica; el que profetiza, edifica a la iglesia”- (1ª Corintios 14:4).

El propósito de los dones del Espíritu Santo es fundamentalmente *“edificar a la iglesia”*. Aquí Pablo emplea la misma voz de nuestro Señor Jesucristo (*“oikodomeo”*) cuando en Mateo 16:18 promete: *“edificaré mi iglesia”*.

Del mismo modo que una casa es una construcción, así es como la iglesia se edifica tanto espiritualmente como en su número. De ahí que Pablo exhorte a todos a profetizar:

“Así que, quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas, pero más que profetizaseis; porque mayor es el que profetiza que el que habla en lenguas, a no ser que las interprete para que la iglesia reciba edificación... Porque podéis profetizar todos uno por uno, para que todos aprendan, y todos sean exhortados.” (1ª Corintios 14:5, 31).

La invitación de Pablo a los hermanos va claramente dirigida a la participación de todos, con espontaneidad y orden, equilibrio imposible para la carne sin la dirección del Espíritu Santo.

1ª Corintios 14:29-31: *“Asimismo, los profetas hablen dos o tres, y los demás juzguen. Y si algo le fuere revelado a otro que estuviere sentado, calle el primero. Porque podéis profetizar todos uno por uno, para que todos aprendan, y todos sean exhortados.”*

Creciendo como una familia

Es más que evidente que las reuniones de las comunidades primeras eran familiares, abiertas y participativas, sin un gran énfasis en la dirección de los cultos al estilo actual de “*maestros de ceremonias*”, y en algunos ambientes me atrevería a decir que “*cuasi-televisivos*”.

Es obvio que las instrucciones que el apóstol Pablo da en estos textos carecerían de sentido si toda la reunión estuviera dirigida exclusivamente por un oficiante, mientras que resultan perfectamente comprensivas cuando las consideramos desde la perspectiva de una reunión de ambiente familiar, en la que alguien “*preside*”, pero no “*dirige*”, por cuanto en ella se espera la presencia y manifestación del Santo Espíritu del Dios vivo en los hermanos congregados, y no solamente en quienes presiden.

El crecimiento y desarrollo de la iglesia como familia sólo es posible en este formato, dentro del cual todos se sienten libres para participar, para aportar, para contribuir, buscando el bienestar de todos, el beneficio y provecho espiritual de todos los hermanos y hermanas.

Y el primero que precisa hallar este entorno de libertad familiar es el propio Señor, frecuentemente atado por las manos sectarias de los “*brahmanes de la religión cristiana organizada*”.

Por eso el apóstol Pablo afirma en 2^a Corintios 3:17 que “*el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad.*”

LA IGLESIA COMO FAMILIA: UNA MESA GRANDE.

Otro aspecto del contexto de los capítulos 11 al 14 de esta Primera Epístola de Pablo a los Corintios es su amonestación a aquellos hermanos de la comunidad cristiana que se empeñaban en asistir a las *fiestas de amor* del templo de Diana, cuyos cultos consistían en orgías conducidas por las sacerdotisas-prostitutas:

1ª Corintios 10:19-22: “¿Qué digo, pues? ¿Qué el ídolo es algo, o que sea algo lo que se sacrifica a los ídolos? Antes digo que lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios; y no quiero que vosotros os hagáis partícipes con los demonios. No podéis beber la copa del Señor, y la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios. ¿O provocaremos a celos al Señor? ¿Somos más fuertes que él?”

1ª Corintios 6:15-20: “¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? De ningún modo. ¿O no sabéis que el que se une con una ramera, es un cuerpo con ella? Porque dice: Los dos serán una sola carne. Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él. Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornicación, contra su propio cuerpo peca. ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.”

Estas son claras advertencias para aquellos que pretendían participar del culto en el templo de Diana y de la comida fraternal de la comunidad cristiana, en un dualismo sincretista muy peligroso para la familia de la fe.

La participación de semejantes bacanales por parte de algunos de los creyentes de las comunidades de Corinto estaba ya contaminando el ambiente familiar de los cristianos, como se desprende del comportamiento de algunos ante la mesa del Señor:

1ª Corintios 11:17-22: “Pero al anunciaros esto que sigue, no os alabo; porque no os congregáis para lo mejor, sino para lo peor. Pues en primer lugar, cuando os reunís como iglesia, oigo que hay entre vosotros divisiones; y en parte lo creo. Porque es preciso que entre vosotros haya disensiones, para que se hagan manifiestos entre vosotros los que son aprobados. Cuando, pues, os reunís vosotros, esto no es comer la cena del Señor. Porque al comer, cada uno se adelanta a tomar su propia cena; y uno tiene hambre, y otro se embriaga. Pues qué, ¿no tenéis casas en que comáis y bebáis? ¿O menospreciáis

Creciendo como una familia

la iglesia de Dios, y avergonzáis a los que no tienen nada? ¿Qué os diré? ¿Os alabaré? En esto no os alabo.”

Es de interés notar que la voz griega que traducimos al castellano por “*cena*” es “*deipnon*”, y denota la comida principal del día, hacia el anochecer.

De manera que Pablo no está corrigiendo ni marcando pautas para la correcta celebración de un servicio evangélico de “*Santa Cena*”, sino los abusos de la comida fraternal que Jesús nos dejó.

El uso de la terminología de la Pascua apunta a la celebración de una comida fraternal. Tengamos presente que la expresión “*copa de bendición que bendecimos*” (1ª Corintios 10:16) es el hebraísmo por el cual era y es conocida la tercera de las cuatro copas sobre las que se bendice al Señor en la celebración del “*Séder de Pésaj*” u Orden de la Pascua.

Infortunadamente, la expresión “*Santa Comunión*”, fraguada a partir de la traducción de la voz griega “*koinonía*”, cuyo sentido es el de “*comunicación*”, “*compañerismo*”, ha dado lugar a una interpretación ritualista alejadísima del sentido original de la celebración.

La cura que Pablo tiene para semejantes abusos consiste es hacerles comprender que si no saben conducirse adecuadamente a la mesa de la familia cristiana, deben abstenerse de participar en la comida fraternal, y comer y beber en sus casas, si es que quieren hacerlo así, pero no contaminar la mesa de la familia de la fe.

En el escrito poco leído de Judas hallamos una clara referencia a la comida fraternal de la comunidad cristiana:

Judas v. 12: “*Estos son manchas en vuestros ágapes, que comiendo impúdicamente con vosotros se apacientan a sí mismos; nubes sin agua, llevadas de acá para allá por los vientos; árboles otoñales, sin fruto, dos veces muertos y desarraigados.*”

La voz “*ágape*” es “*fiesta de amor fraternal*”. Así es como la cristiandad naciente conocía lo que nosotros llamamos un “*culto de Santa Cena*”. Sería honesto que nos preguntáramos si nuestra celebración conserva algún rasgo de ese “*ágape*”, de esa fiesta de amor fraternal de las primeras comunidades.

Creo que no hace falta comentar nada al respecto, sino sentirnos invitados cordialmente a una consideración seria de la distancia que media entre nuestras celebraciones y las de aquellas comunidades de la cristiandad naciente.

Sin embargo, sí me gustaría añadir que es a partir de la substitución de la cena de amor fraternal por la celebración ritual separada de la comida, alejada de su verdadero contexto familiar, cuando comienzan las discusiones y discrepancias que darán lugar en el curso de los siglos a las posturas dogmáticas auto-excluyentes de la “*transubstanciación*” y de la “*consubstanciación*”, o del simple “*acto en memoria*”, según se siga la dogmática de Roma, de la Reforma Protestante o la postura del sencillo memorial preconizado por Zwinglio, respectivamente.

Creciendo como una familia

Todo esto, contemplado con la clara visión de la libertad gloriosa de los hijos de Dios, nos resulta paradójico, casi inimaginable, que puedan haberse suscitado tantas y tan enconadas disputas filosóficas disfrazadas de ropaje teológico en torno a una sencilla mesa de celebración fraternal, de gozo y de alegría; de invitación a la comunicación cristiana, al perdón y al ferviente amor que cubrirá multitud de pecados. (1ª Pedro 4:8).

LA IGLESIA, UNA FAMILIA QUE DIALOGA.

En Hechos 20:7 hallamos un texto que puede sin duda aportarnos mucha luz para el entendimiento de la iglesia local como una verdadera familia:

“El primer día de la semana, reunidos los discípulos para partir el pan, Pablo les enseñaba, habiendo de salir al día siguiente; y alargó el discurso hasta la medianoche.”

Este versículo es muy interesante por las razones que vamos a tratar de considerar:

Este pasaje nos muestra que la expresión *“partir el pan”* es una referencia a la fiesta de amor fraternal de la comunidad cristiana, pues se trata de un hebraísmo común para referirse a la celebración de una comida familiar, no para un culto especial.

Si están reunidos en el primer día de la semana es porque al día siguiente el Apóstol Pablo va a partir, y los hermanos quieren aprovechar los últimos momentos que van a poder disfrutar de su compañía.

Pero es más fascinante todavía ver que la celebración de este *“partimiento del pan”*, de este *“ágape”* o comida de amor fraternal, fue la razón principal para la que se habían reunido.

Aquel encuentro en torno a la mesa era el eje central de su encuentro.

Finalmente, es aleccionador saber que el *“discurso”* de Pablo en aquella ocasión, a la mesa del *“ágape”*, no fue un sermón al estilo de nuestras predicaciones, semejantes a una clase magistral, en la que uno habla y todos los demás escuchan, sino que, antes bien, el griego que nuestra versión traduce por *“enseñaba”* (*“dielégeto”*) es forma verbal de *“dialegomai”*, cuyo sentido es el de *“hablar con”*, *“dialogar con”*, *“razonar con”*.

No se trataba, pues, de un discurso sermonario, sino de una exposición participativa e interactiva, muy distante de nuestros monólogos tradicionales.

Lo que Pablo hizo fue hablar con los hermanos, dialogar y razonar con ellos de manera interactiva –esa fue su manera de enseñar la doctrina de Jesucristo- en torno a la mesa familiar del partimiento del pan

Me enseñaron que no se debe quitar una columna vieja sin estar seguros de que una nueva la está reemplazando en el lugar adecuado para soportar la carga que la vieja aguantaba.

Creciendo como una familia

Por consiguiente, no creo que se trate de tirar por la borda nuestras formas de un día para otro, pero sí de considerar muy seriamente los principios de aquellas comunidades cristianas nacientes para tratar de incorporarlos, en la medida de lo posible, en nuestras iglesias locales en nuestros días, dentro de esta sociedad en la que vivimos, de la que formamos parte, y en la que el Señor nos ordena seamos sus testigos fieles.

En una habitación cerrada, donde ha quedado encendida durante toda la noche una lámpara de gas o de aceite, y muchas personas que han dormido juntas, el aire está sin duda viciado. Si se abren todas las puertas y ventanas y se deja penetrar el aire fresco, la atmósfera insana se dispersará rápidamente. Así es también la manera en que actúa la bendita Persona del Espíritu del Padre y del Hijo.

Es sencillo ver la presencia de Dios en el Universo; es más difícil reconocer esa presencia en el hombre, por causa de estar presentes también las pasiones humanas; pero es muy difícil –casi imposible para el hombre de hoy, postmoderno y postcristiano– reconocer la presencia de Dios en las estructuras eclesiológicas sectarias, donde el orgullo de la posesión de la verdad, como si fuera una propiedad inmobiliaria, produce una imagen muy borrosa del Crucificado.

Decididamente, si queremos experimentar un crecimiento espiritual de nuestras comunidades cristianas, debemos procurar incorporar los rasgos familiares, sencillos y domésticos de aquella naciente Iglesia del Resucitado, hacia la cual volvieron su cabeza todos los reformadores de todos los días de la Historia de la Cristiandad.

La espiritualidad de la Iglesia, entendida y vivida como familia, nos permite verificar que no estamos vivos únicamente porque no estamos muertos, sino porque la vida en familia es una oportunidad para desarrollarnos y crecer, para aceptar nuestras diferencias variopintas y nuestras limitaciones, así como la necesidad que tenemos de los demás; para aceptar nuestros cansancios, nuestro envejecimiento y nuestra mortalidad, como en la familia humana.

La iglesia local, como familia espiritual, nos ayudará a madurar otro tipo de vida: Una vida interior, espiritual, inasequible al desgaste y a la muerte, que nos prepara también para el gran encuentro con nuestro Señor, de infinita bondad y misericordia, en su Segunda Venida, Padre de familia acogedor y paciente.

La comunidad de fe, vivida como familia, facilita la experiencia singular que hemos de hacer y rehacer constantemente con Jesús de Nazaret, a la vez que contemplamos e interaccionamos con los demás hijos e hijas de Dios, tratándolos con sumo respeto, como quien ve a Dios nacer dentro de cada ser humano, en la invitación a pasar a formar parte de esa familia nueva.

No seremos herederos juntamente con Cristo Jesús de las glorias venideras por el mero hecho de que nuestros nombres aparezcan en el registro estadístico de una institución nominalmente cristiana, sino por esa experiencia singular que nos ha permitido nacer dentro de la familia de Dios, y el privilegio de que nuestros nombres hayan sido inscritos en el libro de la vida.

Tampoco podremos crecer si seguimos discurriendo con arrogancia por los caminos de la inercia, de la filosofía y de la fría teología sin corazón.

Creciendo como una familia

El verdadero don que el Padre del Cielo nos concede es precisamente el Espíritu de su Hijo para estar con nosotros todos los días hasta el fin del mundo.

El Espíritu Santo es más profundo que el espíritu del miedo, de la estrechez y de la desconfianza.

Si nos fiamos del Santo Espíritu de Dios, todas nuestras sensaciones irán transformándose paso a paso y día a día.

El miedo se transformará en confianza y la estrechez lo hará en inmensidad.

Dejaremos de estar aferrados a las cosas y ofreceremos nuestras manos vacías a Dios para que Él pueda llenarlas con los dones, ministerios y operaciones de su Santo Espíritu.

Entonces, podremos entrar en las Sagradas Escrituras y superar la corteza de la letra para comprender lo que nuestro bendito Señor nos dice en Juan 6:63:

“El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son Espíritu y son Vida.”

LA TENTACIÓN DEL PODER.

Sofonías 3:12: *“Y dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, el cual confiará en el nombre del Señor.*

Nuestro Señor contempla todas las cosas desde la eternidad, es decir, más allá de nuestras dimensiones del tiempo y del espacio, entre otras. Por eso es que su visión es global y completa, mientras que nosotros siempre y sin excepción miramos a través de nuestras lentes individuales y limitadas.

Podemos, pues, tener nuestras preferencias respecto a la iglesia local, nuestra comunidad de fe. De ahí que haya hermanos amados que prefieren ser parte de una mega-iglesia, o de una iglesia tradicional, o de una congregación de menores dimensiones o un pequeño punto de misión como avanzadilla del pueblo cristiano.

El problema aquí sólo se da, como en cualquier otro planteamiento, cuando caemos en exclusivismos no dialogantes, por causa de creernos el centro del universo o el modelo único a seguir por todos, olvidando que la gracia de Dios es multiforme.

Que la estructura es secundaria desde la perspectiva de nuestro amado Señor, se desprende fácilmente de la ausencia de instrucciones pormenorizadas al respecto en los escritos que forman el Nuevo Testamento.

Toda estructura que minimice o reduzca el alcance del Evangelio ha de ser desestimada, por muy ortodoxa que pueda parecerse, o por muy tradicionalmente arraigada que pueda haber llegado a ser y haber llegado hasta nosotros.

El propósito de la Iglesia, en su expresión de comunidad local, es transmitir la vida del Hijo de Dios, bajo la unción del Espíritu Santo, a quienes no la disfrutan.

Creciendo como una familia

Somos familias privilegiadas que tenemos alimento para vida eterna mientras que otras familias perecen de hambruna espiritual.

De ahí también que el sentido familiar de la iglesia local ha de partir de nuestros hogares y de nuestras vidas seculares y cotidianas para producir un impacto en otros hombres y en otras familias.

Tengamos muy presente que los edificios no evangelizan, como no sea para proveer techo y suelo a quienes no los tienen.

Los cultos no pueden reemplazar a la vida cotidiana con Dios y con todas las personas con quienes convivimos, e incluso con aquellos con quienes experimentamos encuentros efímeros o aparentemente fortuitos.

Del mismo modo que tenemos necesidad de comer cada día, igualmente precisamos formar comunidades familiares caracterizadas por ser ámbitos de amor y libertad en el Espíritu Santo, en las cuales podemos desarrollar el sentido de pertenencia y romper nuestras cadenas de egoísmo.

Si anhelamos incorporar las características familiares que el Señor quiere para su iglesia, es imprescindible tener siempre presentes las magníficas reducciones de la pedagogía de nuestro amado Señor y Salvador, entre las cuales quizá esta sea la más básica y fundamental:

Mateo 22:37: *“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas.”*

No hay vida ni alimento espiritual fuera del amor a nuestro Padre y a nuestros *próximos*.

No hay posibilidad de comprender el sentido de *“mi prójimo”* mientras no descubrimos que en lugar de preguntarnos quién es *“nuestro prójimo”*, hemos de preguntarnos *“de quién somos nosotros prójimos”*.

Entonces entenderemos, al igual que aquel intérprete de la ley que le preguntó a Jesús, para probarle, *qué cosa tendría que hacer para heredar la vida eterna*, que estamos llamados a ser *prójimos de quienes precisan de misericordia*, y con quienes hemos de *usarla*. (Lucas 10:25-37).

Aquel escriba habría deseado limitar su amor a su círculo de amigos y compatriotas. Pero, como respuesta, Jesús le narró la parábola del Buen Samaritano, que se acerca al hombre caído en manos de salteadores y está medio muerto en la cuneta.

Y como todos recordamos, pasaron de largo el sacerdote y el levita, porque su sentido de pureza cultural-religiosa era más importante que el hombre necesitado.

Pero el samaritano, extranjero y hereje, sintió misericordia, es decir, se sintió prójimo de aquel desdichado, *“y acercándose, vendó sus heridas, echádoles aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él.”* (Lucas 10:34).

Creciendo como una familia

La garantía de tener a Dios a nuestro lado radica en andar el mismo camino por el que Jesús de Nazaret discurre, siempre haciendo bien a los necesitados; siempre acompañando a quienes usan de misericordia para con quienes la precisan; siempre entre nosotros como el que sirve.

La garantía de nuestras oraciones no radica en el decir muchas palabras, sino fundamentalmente en la respuesta a la pregunta sobre cómo nos portamos con los marginados, maltratados y empobrecidos, sabiendo que allí está Dios.

Y el más empobrecido de los hijos de los hombres es aquel que vive desconociendo el amor de Dios en Cristo Jesús.

Aquí se encuentran todas las oportunidades que Dios nos brinda para llevar el Evangelio de su Hijo a cada criatura, y a cada pueblo y nación.

De ahí que todos los programas, métodos y sistemas fracasen ante la carencia de los elementos fundamentales de familia que el Espíritu Santo hace germinar y desarrollarse en nuestros corazones: Fundamentalmente, el amor al Señor y a todos los hombres, comenzando por los domésticos de la fe.

LA IDEA DE “COMUNIDAD” ES LA DE UNA FAMILIA EXTENDIDA, AMPLIADA Y CRECIENTE.

El desarrollo de la iglesia local como familia no puede darse mientras nuestro énfasis se centre en sus componentes como “*individuos*” que se suman y forman una masa informe.

Recordemos que el *individuo* en mí y en ti, en cada uno de nosotros, es el ser que me separa y distancia de los demás, imposibilitando la comunicación, mientras que la *persona* que somos tú y yo es quien nos pone en contacto y facilita la comunicación entre el “yo” y el “tú”, haciéndonos salir de las espesas fronteras que se extienden entre el “pecho” y la “espalda”.

En el propio acto de la creación del ser humano vemos la acción del Eterno en la complementariedad del varón y la mujer, constituidos a imagen y semejanza del propio Dios, en una perfecta conjugación entre lo singular y lo personal:

Génesis 1:26-27: “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.”

Después comprobamos que la designación “Adam”, es decir, “*tomado de la adamá*”, que es la “*arcilla roja*”, se aplica a ambos:

Génesis 5:1-2: “Este es el libro de las generaciones de Adam. El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó, y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adam, el día en que fueron creados.”

Desde la perspectiva del pensamiento semita de la época bíblica, tan dispar respecto a los modelos individualistas occidentales de nuestros días, en el acto creador del hombre y la mujer hallamos ya el modelo de la comunidad del pueblo de Dios, con seres dotados de características distintivas y las necesidades básicas de compartir amor, cariño, cercanía y todos los demás afectos nobles, imprescindibles para gozar de una sana comprensión de la vida y de Dios.

El deterioro del modelo divino para la familia se refleja de manera semejante en la configuración de las comunidades cristianas. Del mismo modo que muchos hogares han dejado o están en el proceso de dejar de ser ámbitos de salud y seguridad, invadidos por

Creciendo como una familia

el egoísmo y la crueldad del mundo, las iglesias locales se deslizan hacia modelos que poco tienen que ver con el proyecto de Jesús de Nazaret.

La tentación del *poder* frente al *amor* siempre ha sido, y seguirá siendo, la raíz de todas las demás tentaciones que la Iglesia halla en su camino.

El afán por el poder de dominación es, sin duda, el elemento más distanciador de las comunidades cristianas y de toda la Iglesia respecto al modelo naciente. Lo mismo podríamos afirmar sobre la familia.

Hacer un poquito de memoria respecto al sentido de la voz original neotestamentaria para la Iglesia, podrá ayudarnos a incorporar las cualidades domésticas que precisamos si anhelamos crecer y desarrollarnos como familia:

La voz original “*ekklesia*” es, sin duda, el equivalente griego más próximo al vocablo hebreo “*kehilá*”, es decir, “*comunidad*”, y está formada por dos palabras: El prefijo “*ek*” es la preposición griega “*fuera de*”, y la forma verbal “*kaleo*” es “*yo llamo*”, lo cual significa que el sentido original de este término, como se desprende de las palabras de nuestro Señor Jesucristo al afirmar “*edificaré mi iglesia*”, es “*yo llamo a mi pueblo a salir del mundo para formar una congregación en mi nombre, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.*” (Mateo 16:13-18).

La voz “*ekklesia*” no nace como término exclusivamente religioso, sino como vocablo para referirse a una asamblea congregada con fines comunes, sean civiles o cualesquiera.

Esto implica que el pueblo de Dios “*llamado a formar comunidad*” constituirá una familia que se irá extendiendo a lo largo y a lo ancho del mundo, como un ejército motivado por el amor de Dios manifestado extraordinariamente en el sacrificio de Cristo Jesús por todos los hombres.

La reflexión teológica de la voz “*ekklesia*” nos muestra sus dos sentidos o vertientes concomitantes. Por una parte, se trata de los llamados a salir, y por otra parte, se trata de los congregados. De ahí que no podamos experimentar el sentido y el alcance de la Iglesia hasta formar la asamblea cristiana.

Una pareja unida en casamiento no puede experimentar el sentido y los beneficios del vínculo matrimonial hasta estar juntos. Por eso hablamos de consumir el matrimonio.

Así es como podemos comprender el sentido y la importancia de la constitución de la comunidad cristiana o iglesia local, como ámbito de renuncia al poder de dominación que motiva a todas las instituciones humanas, y asumir el reto de ser familia unida por el exclusivo vínculo del amor de Dios que el Espíritu Santo derrama en todos los corazones redimidos por la sangre preciosa de Jesucristo.

Retomando el relato del principio de señales que realizó nuestro bendito Señor y Salvador en aquella boda en Caná de Galilea, creemos que hay un misterio bajo la sencillez de esa redacción:

Jesús bendice y santifica el matrimonio y la familia, y mediante la transformación del agua de los lavatorios rituales en vino de fiesta, nos enseña que la vida matrimonial y de

Creciendo como una familia

la familia, como “*proto-iglesia*”, tiene por propósito trascendente la transformación de la vida de las almas, la transfiguración del tipo de existencia biológica y natural, individualista y egoísta, a la vida de entrega y sacrificio prefigurada por la relación familiar e *intratrinitaria* del propio Dios nuestro Señor.

Infortunadamente, por la influencia de la atmósfera mundana de la sociedad de nuestros días, el matrimonio y la familia son comprendidos solamente dentro de un contexto biológico y socioeconómico.

El número de divorcios habla por sí mismo. El matrimonio, y consecuentemente la familia, están sumidos en una profundísima crisis.

Son muy numerosos los cristianos que acometen la vida matrimonial-familiar sin ningún deseo de experimentarla como un misterio sagrado, sino, simple y llanamente, como una asociación de aspecto social y legal, dentro de la cual cada una de las partes tiene sus derechos y obligaciones, sus propiedades y sus pertenencias.

Así podemos comprender que sobre bases tan inestables muchos matrimonios sean incapaces de hallar el gozo y la plenitud prometidos, y se desmoronen con rapidez inusitada.

Algo muy semejante está aconteciendo dentro del ámbito de las iglesias locales y de las denominaciones en nuestros días. Si abrimos nuestros ojos espirituales y permitimos que el Espíritu Santo los limpie con su colirio, discerniremos la presencia o ausencia del reflejo del Santo Consolador en la Iglesia que lleva el nombre del Resucitado.

Así es como adquieren una dimensión mucho más significativa las palabras del apóstol Pablo, cuando les dice a los Efesios 5:22, 25:

“Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor... Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella.”

En definitiva, el matrimonio como fundamento de la familia, como prefigura de la Iglesia del Señor, es la unión de dos almas con papeles distintos pero igualmente responsables e importantes, con el supremo objetivo de la salvación por medio de Jesucristo.

Así es como se refleja la imagen de la Santísima Trinidad en el matrimonio y en la comunidad cristiana, entendida y experimentada como familia, y, por consiguiente, como renuncia al poder como afán de dominación.

La pérdida de las dimensiones domésticas de las comunidades nacientes condujo a la Iglesia a *sustantivizarse* y *autonomizarse*, articulando los poderes religiosos con otros poderes, ya sean sagrados, culturales o militares, como en el caso de los Estados Pontificios de antaño.

Así fue como en determinadas épocas en Occidente la Iglesia ejerció poderes absolutos, poniendo y deponiendo reyes, promoviendo guerras e imponiendo pacificaciones y uniones nacionales.

Creciendo como una familia

Esos siglos pasados de alianza entre “*el trono y el altar*”, entre “*la cruz y la espada*”, de profunda hegemonía religiosa, probablemente hayan sido los más violentos y sangrientos de la historia de Occidente. En España hemos sufrido abiertamente en este sentido hasta tiempos bien recientes, lo que continúa hasta el día de hoy de forma sutilmente encubierta.

La violencia religiosa practicada por el poder hegemónico de la Iglesia de Roma, en nombre del Dios y Padre de nuestro bendito Señor Jesucristo, dio lugar a la quema de dos millones de mujeres acusadas de “*brujas*” durante la Edad Media, y hasta mediados del siglo XIX, el silenciamiento, tortura y asesinato de muchos millares de personas por parte del Santo Oficio de la Inquisición en sus *Autos de Fe*, así como la promoción de guerras religiosas que produjeron devastaciones indescriptibles.

Respecto al Protestantismo, podríamos también hablar de su pasado turbio, su Inquisición y episodios de intolerancia.

Aquí es de suma importancia considerar muy seriamente la tercera de las tentaciones de nuestro bendito Salvador, inmediatamente después de haber sido bautizado en las aguas por Juan el Bautista, y con el Espíritu Santo por su Padre Dios al salir de las aguas, antes de acometer su ministerio público. A todas luces fue una tentación de poder:

Mateo 4:8: “*Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares. Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás.*”

Todo estudiante serio de la Historia de la Iglesia sabe que la tentación constante del pueblo de Dios, en la misma medida creciente en la que ha entrado en el superdesarrollo organizativo, ha sido la trampa del poder que los institutos de este mundo han puesto ante los dirigentes cristianos.

Estas tentaciones de poder –militar, económico y moral o espiritual– han generado todos los tipos de maridaje imaginables, con sus desastrosos resultados, fácilmente constatables, mientras la Iglesia institucionalizada seguía hablando en el nombre de Jesús, pero permanecía absolutamente carente del poder del Espíritu Santo que la caracterizó en sus orígenes.

Así se produce la pérdida de la espiritualidad, que poco a poco tiende a ser substituida por las estructuras de la religión organizada. Y en vez de hombres carismáticos y espirituales, las organizaciones religiosas, cristianas y no cristianas, caen en manos de burócratas de lo supuestamente “*sagrado*”, quienes no pretenden el desarrollo de fieles creativos, sino de miembros obedientes; no procuran la madurez de la fe, sino el infantilismo de la subordinación.

No debemos olvidar que los portadores permanentes de espiritualidad siempre fueron personas consideradas corrientes y vulgares, que vivieron y viven la rectitud del camino de Jesucristo, el sentido de la solidaridad cristiana y cultivan el espacio sagrado del Espíritu Santo, a quien frecuente y tristemente no permiten espacio muchos de los estamentos institucionales.

Creciendo como una familia

La pérdida del sentido de familia fue la gran preocupación apostólica, por cuanto el Espíritu Santo les dio discernimiento para comprender que los ritos religiosos, la promulgación de los dogmas, los derechos eclesiásticos y la jerarquización de la Iglesia convertiría el proyecto de Jesucristo en el túmulo del Dios vivo.

De ahí la ausencia de instrucciones detalladas acerca de la estructuración formal de las comunidades cristianas. Éstas serían precisas en una Iglesia huérfana, pero ciertamente no lo serían en la Iglesia del Dios vivo, sostenida y vivificada por el Santo Espíritu Consolador.

Tampoco hallaremos preocupación alguna por parte de la Iglesia naciente respecto a ser reconocida por las autoridades seculares. Sin embargo, lo que verdaderamente preocupaba a los apóstoles era la pérdida de las características de familia unida por el vínculo perfecto del amor de Dios.

Entre muchos ejemplos consideremos cuando Juan nos dice que *“nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte. Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él. En esto hemos conocido el amor, en que él (Jesucristo) puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él.”* (1ª Juan 3:14-19).

Desde esa misma perspectiva hemos de contemplar las palabras del apóstol Pablo, cuando les dice a los Efesios 4:16 que *“siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la Cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor.”*

Algunos pueden llamar *“idealista”* o *“utópico”* a quien crea que hemos de volver al patrón doméstico de la Iglesia naciente, pero sólo la renuncia al poder de dominación y el desempeño por parte de cada miembro de la familia de las funciones encomendadas por el Señor, nos permitirá andar en el Espíritu como Cuerpo del Mesías, como comunidad tangible, con conexiones físicas y espirituales entre sí. Eso es lo que el apóstol Pablo llamaba *“edificarse en amor”*.

Dios no nos ama sobre el fundamento de lo que nosotros podamos ser, hacer o lograr, sino sólo, única y exclusivamente porque Él nos creó y nos redimió en su amor, y nos ha escogido para que proclamemos ese amor como fuente de toda posibilidad para que la humanidad recupere su sentido original de familia.

Estamos convencidos de que la *sencillez* es la clave primordial para el cumplimiento de la Gran Comisión que nuestro Señor Jesucristo ha puesto en nuestras manos.

Y si estamos pensando que lo fundamental ha de ser la *obediencia*, sólo hemos de matizar que nada tan *sencillo*, entiéndase *simple*, *sin doblez*, como la *obediencia de la fe*.

Creciendo como una familia

Paralelamente al cristianismo institucionalizado, surge cada vez con más fuerza una demanda de extensión universal de valores no materiales, de una redefinición del ser humano como persona en busca de valores capaces de inspirar profundamente su vida.

Esas almas representan el gran reto que la Iglesia de Jesucristo tiene que aceptar y asumir.

Nos están diciendo constantemente, y a veces a gritos, que necesitan beber de otras fuentes para dar con una luz que ilumine su camino y desvele ante sus ojos un horizonte distinto de esperanza.

Pero la respuesta del cristianismo institucionalizado es demasiado compleja, y muy distante de la sencillez de Jesús de Nazaret.

Todo proceso complejo tiene siempre y sin excepción la tendencia a venirse abajo, imposibilitándose para transmitir sus principios y valores a la siguiente generación. Creemos que esto no es opinable, sino, antes bien, constatable.

Cuanto más complejo hagamos el proceso, mayor será la tendencia a perdernos en el camino intrincado que el mundo nos presenta y en el poder secular con que somos tentados

Cuanto más simple sea el proceso, más accesible resultará también a todos los hombres.

Por eso nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo no presentó ningún proceso ni sistema delante de los hombres, sino que extendió la sencilla invitación a acercarnos a Él:

Mateo 11:28-30: “*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.*”

Creemos que responder con sencillez a esta llamada es hacer familia en torno a Jesús de Nazaret, por su presencia en nosotros y entre nosotros por la bendita Persona de su Espíritu Santo.

Esa es la llamada a agradarnos, soportarnos, crecer juntos, alegrarnos y sufrir juntos, sin olvidar ni marginar a ningún miembro de la familia.

Esa es la llamada a renunciar al poder de dominación, comenzando por su más elemental expresión, que es la murmuración que contamina la atmósfera familiar de la comunidad de fe.

Ciertamente, no se trata de una labor fácil, sino, antes bien, de un gran reto. Pero, es igualmente cierto que las bendiciones reservadas para quienes están dispuestos a ser colaboradores con el Santo Espíritu de Dios en la construcción de la comunidad de fe, son muchas y de incomparable valor.

Aunque no le estorban al Espíritu Santo las casas de oración cómodas, funcionales y bien dispuestas, sus intereses van prioritariamente dirigidos a que en la asamblea cristiana puedan hallar las almas el descanso y el sosiego del que regresa de un largo viaje, o de

Creciendo como una familia

una semana de arduo trabajo, o de las presiones de la vida que nos ha correspondido vivir; donde todos se sientan bien recibidos, acogidos y valorados como personas; donde se congregue una familia dispuesta a facilitar a otros el encuentro con Jesucristo, y a hacer sitio ampliando las estacas de la tienda.

Este es el reto a vencer nuestro egoísmo y nuestro afán por el poder de dominación, para dejar que el Paráclito transforme ese egoísmo en amor, y ese afán por el poder de dominación en capacitación para servir.

Preguntémonos si, tanto en el plano personal como en el local y en el denominacional, estamos recorriendo el camino de la edificación y la maduración, cada parte cumpliendo con su función, como miembros de la familia de Dios, o si algún brillo del “*imperio*” de turno nos está deslumbrando.

Preguntémonos si, como comunidades de fe, estamos mostrando los rasgos de familia que vive y proclama que se puede reposar siempre en el amor de Dios, que nuestro entorno es un espacio en el que se puede descansar y sentirse protegido, donde se puede experimentar la morada recíproca de Dios en el alma y del alma en Dios.

A diferencia del Señor, nosotros no somos amor por nosotros mismos, pero podemos crecer en esa vocación de serlo si permitimos que nuestras experiencias humanas, personales y comunitarias, nos introduzcan cada vez más profundamente en el misterio del amor de Dios y de Cristo por la bendita Persona del Espíritu Santo.

Creemos que la Iglesia de Jesucristo, y su expresión en las comunidades de fe, es la escuela de amor por antonomasia...

Y cuando somos familia de amor, entonces Dios está con nosotros y nosotros estamos en Dios.

Vamos a orar:

“Señor Jesús, tú que transformaste el agua en vino en aquella boda en Caná de Galilea, y que con tu presencia bendijiste el matrimonio y la familia, bendice también nuestras iglesias locales, nuestras comunidades de fe, para que recuperemos los rasgos y características domésticas de aquellas primeras asambleas cristianas, no carentes de problemas y dificultades, pero, como el Nuevo Testamento nos muestra, perfumadas por la presencia santificadora de tu glorioso Espíritu. Por Cristo Jesús. Amén.” J.Y.